

mente a los problemas semantógenos, pero tampoco puede negarse que el comportamiento de los hombres está condicionado, por lo menos en parte, por operaciones que dependen del dominio lingüístico.

ANTONIO ALCALÁ ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

LUIS GÓMEZ MACKER, *Introducción al estudio del lenguaje*. Santiago, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971; 204 pp.

Antes de abordar en forma directa el contenido de esta interesante obra, será ilustrativo conocer lo que impulsó al autor a escribirla, así como también el propósito de ella. Según nos advierte en el prólogo, ante la escasez de textos que traten los fenómenos de la lengua en forma sencilla y comprensible para el lector común, el autor ha creído conveniente la divulgación de este material, a fin de que pueda ser utilizado como manual o guía por quienes se sienten atraídos "por el estudio del lenguaje desde un punto de vista estructural-funcionalista". Se propone, además, descubrir hasta qué grado el vocablo *función* ha penetrado en la ciencia del lenguaje, inquiriendo su alcance significativo y sus implicaciones teóricas.

En la primera parte de la obra, titulada "Presencia y sentido del vocablo", advertimos el interés del autor ante el ingente auge que ha adquirido en nuestro lenguaje coloquial, así como en el lenguaje científico y especializado, el vocablo *función*, aparentemente anodino y tan arbitrariamente utilizado. A este respecto, proporciona algunos ejemplos que permiten apreciar la multitud de acepciones que tiene en nuestro idioma este vocablo: "¿Qué *función* cumple este tubo de media pulgada cerca de la cocina?". "Este cerrojo no *funciona*". "Hay que hacer el jardín en *función* de esa muralla". "¿Cómo *funciona* tu hígado?". "Mi *función* es doble: adquirir los materiales y verificar las instalaciones". "¿Quién es el *funcionario-jefe* de esta oficina?". "Así las cosas no pueden seguir *funcionando*". De aquí se colige que en la vida cotidiana el vocablo *función* se entiende y se usa vinculado a conceptos como 'servicio', 'actividad', 'acción', 'ejercicio', 'ejecución', 'desempeño'.

Preocupa también al autor la acusada presencia del término *función* en el lenguaje especial de las ciencias, donde está aso-

ciado a las ideas de 'estructura', 'ordenamiento', 'finalidad', 'campo funcional', 'jerarquización'.

En seguida pasa Gómez Macker al terreno lingüístico, haciendo una concisa reseña de las "teorizaciones lingüísticas modernas". Se refiere preferentemente a las concepciones estructuralistas del lenguaje y a sus más destacados representantes.

Aunque el autor reconoce el gran aporte del estructuralismo a la lingüística, por su rigor lógico-matemático, por el esfuerzo sistematizador (característica de toda ciencia moderna), critica la *frialdad* evidente de su análisis, sobre todo en la Glosemática de Hjelmslev, la cual prescinde de aspectos esenciales de la lengua, tales como la sustancia y lo diacrónico. Rasgos que, según Gómez Macker, son imprescindibles para alcanzar un cabal conocimiento del fenómeno lingüístico. Deplora, asimismo, el afán de los estructuralistas por diferenciarse y señalarse, inclusive mediante la utilización de un vocabulario técnico extremadamente *sui generis*. Considero, no obstante, que utilizar viejas palabras para referirse a nuevos conceptos es aún más perjudicial, pues puede inducir a atribuir a tales vocablos denotaciones y connotaciones que no está en el ánimo del científico significar.

Respecto a la unilateralidad que observa el autor en el estructuralismo, creemos importante destacar que, con todo, estos estudios fueron la base para el logro de la traducción automática, lo cual permitirá allanar las fronteras idiomáticas, anhelo ferviente del hombre, que, hasta hace poco, se alzaba como una barrera infranqueable. Sólo esto compensaría los posibles errores y limitaciones de la teoría.

Más adelante se refiere brevemente a las últimas orientaciones en el campo de la lingüística, o sea a la concepción de Chomsky, con la cual concuerda plenamente, por ser ésta una "reacción o superación del estructuralismo". Resulta evidente la tendencia del autor hacia una lingüística antropológica, que intenta descubrir, a través del lenguaje, la naturaleza misma del hombre.

Terminada nuestra síntesis de la primera parte de la obra, creemos pertinente destacar algunos rasgos que, si bien no fueron del todo omitidos, fueron tocados muy ligeramente por el autor.

Estimamos que —para ser consecuente con lo afirmado en el prólogo respecto al propósito de guiar al lector común por los senderos del lenguaje— debió dar mayor importancia al lado afectivo de la actividad lingüística. El mismo título de la obra, *Introducción al estudio del lenguaje*, imponía un trato preferen-

cial del tema, a fin de enriquecer la comprensión de esta cosa multifacética y heteróclita que es el lenguaje.

Al preferir el aspecto afectivo, presente constantemente en nuestro proceder lingüístico, se corre el peligro de obtener una falsa interpretación del lenguaje por parte del lector no iniciado, quien, justificadamente, podría entenderlo como una entidad rígida sometida enteramente al imperio de la razón. Pensamos, además, que de haber hecho precisiones más claras y menos técnicas al respecto, habría logrado una más fácil comprensión del vocablo *función* y de otros que ocupan, repentinamente, un lugar preponderante en el lenguaje cotidiano, adquiriendo variados, y a veces antagónicos, matices significativos. Es cierto que, en la tercera parte de este manual, Gómez Macker hace algunas precisiones de este tipo, basándose en Sapir, Sommerfelt, Bally y otros, pero aun así consideramos que el lugar indicado para tratar estas cuestiones estaba en la primera parte.

En la segunda, el autor concentra su atención en las concepciones gramaticales de la Real Academia Española, en las de Andrés Bello, y también en la concepción lingüística de Ferdinand de Saussure y en la teoría lingüística de Karl Bühler.

Las observaciones que hace a la Academia son ampliamente conocidas, y se ha hecho caudal de ellas en toda clase de escritos, de modo que sólo nos referiremos a los aspectos más relevantes. Gómez Macker hace hincapié en la separación que impone la Academia entre Morfología y Sintaxis. Esto le parece inconcebible, pues los problemas morfológicos y sintácticos se entrecruzan en la lengua. Estima además que el tratamiento aislado que se hace de las palabras en la Morfología no concuerda con las características esenciales del fenómeno lingüístico, y observa que, aunque la Academia proceda así, le es difícil hacer un estudio de las "partes de la oración" en forma aislada, sin referirse, inevitablemente, al todo del cual forman parte. Le parece también impropio que la Academia hable de "oficios" tanto en Morfología como en Sintaxis, sin establecer diferencias de ninguna especie, y, para evitar equívocos, propone la siguiente distinción:

a) "Oficio simbólico básico, manifestado en cada unidad léxica. Las palabras en cuanto unidades independientes apuntarían significativamente hacia el mundo de las cosas a través de las ideas "nominando" la realidad bajo las categorías de 'sustancia', 'accidente', 'proceso', 'relación', etc.

b) Oficio sintáctico o estructurante. Rol desempeñado por las

palabras en su calidad de miembros o partes de un todo al relacionarse con otras en conformidad con ciertas leyes de ordenamiento".

Por otro lado, Gómez Macker cree que hay algo valioso en la consideración tridimensional forma-significado-oficio de la realidad lingüística, que en el texto de la Academia no ha sido presentado con claridad, por lo que no se alcanza a apreciar en su verdadero valor.

En su análisis del pensamiento gramatical de Bello, el autor procede ordenadamente presentando, en primer término, los planteamientos fundamentales y de mayor trascendencia contenidos en el famoso prólogo de la *Gramática*. Gómez Macker reconoce sus méritos y se explaya en este reconocimiento, pero cree necesario develar algunas deficiencias de la obra.

Los criterios de clasificación propuestos por Bello le parecen deficientes, confusos y carentes de exhaustividad. Más que clasificar palabra —dice— debería clasificar oficios. Sostiene, por otra parte, que Bello fue el primero que, con clara visión, enfocó el fenómeno lingüístico desde un ángulo funcionalista, siendo éste su principal mérito. El vocablo *oficio* es usado por Bello como equivalente de *función*, entendido como 'actividad', 'comportamiento' o 'trabajo'. "Concibe el oficio o la función de la palabra como un hacer gramatical".

Manteniendo siempre su postura crítica, sintetiza el autor la concepción lingüística de Saussure. Al estudiar la terminología del *Curso*, Gómez Macker no detecta un uso preferencial ni una precisión definida del vocablo *función*. Sin embargo, en el contexto descubre que la noción 'función', se halla asociada a 'sentido', 'significación', y que es el opuesto del vocablo *forma*. Constata, además, que el concepto 'función' sirve de apoyo o respaldo a Saussure para su concepción estructuralista del lenguaje, al hallarse implícito en el juego de relaciones que se establecen entre los signos. 'Función', pues, considerada como una relación oposicional de los signos en la estructura, relación merced a la cual puede existir dicha estructura.

Respecto a la división que hace Saussure del lenguaje, el autor afirma: "Curiosa resulta la constante tendencia saussureana a mirar la realidad dicotómicamente". Nosotros opinamos que nada puede ser más acertado y lógico que enfocar la realidad como un conjunto de dualidades. Todo en la naturaleza es un juego de oposiciones, de contradicciones, gracias a lo cual se

mantiene la armonía del sistema y el equilibrio de sus manifestaciones.

Ante la complejidad de la *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler, Gómez Macker evita penetrar en sus profundidades, limitándose sólo a exponer los rasgos más sobresalientes de su pensamiento lingüístico, a fin de no confundir al lector. En la obra de Bühler el vocablo *función* aparece ampliamente utilizado. Bühler —dice el autor— se ha propuesto la difícil tarea de encontrar las leyes que gobiernan “toda estructuración lingüística”, teniendo siempre en cuenta los valores significativos que yacen sobre “las estructuras físicas del lenguaje oral o escrito”; pero, “desde una perspectiva funcionalista, su obra es más bien un bosquejo”, agrega el autor.

Cree interpretar el pensamiento de Bühler afirmando que el carácter funcional de las estructuras se debe al hecho indiscutible de ser el lenguaje un instrumento del cual se sirve el hombre, “ser inteligente y libre, capaz de actuar intencionadamente”.

En la última parte de la obra, Gómez Macker dedica su atención a las “funciones del lenguaje”, donde analiza “las lenguas como totalidades al servicio de las intenciones comunicativas de los individuos” y como un medio de interpretar el hombre su mundo circundante. Reconoce el autor una relación “lenguaje-vida síquica”, verificable en el análisis del vocabulario de los individuos, al descubrir la correlación existente entre lenguaje e ideales culturales, lenguaje y vivencia espiritual, lenguaje y personalidad; o sea, que cualquier propósito de perfeccionamiento tiene su nítida resonancia en una depuración del lenguaje. Por otro lado, nos advierte del peligro que puede implicar un uso avieso del lenguaje. Es increíble el poder de sugestión que poseen las simples “palabras”. Ejemplo perfecto de ello es la enajenante influencia que la propaganda comercial ejerce sobre el hombre.

Con respecto a las funciones del lenguaje, el autor nota una tendencia a establecer un paralelismo entre los “géneros” literarios y la actividad comunicativa de los hablantes, y considera así que la literatura y la lingüística se desempeñan en una misma realidad, aunque variando en sus respectivos enfoques.

Examina a continuación las “funciones en el lenguaje” (análisis del comportamiento de los elementos constitutivos de toda lengua), y aclara que, si bien el acto de comunicación “sensu stricto” no es material, tiene lugar en estructuraciones que de alguna manera se perciben e interpretan, y en cuyo análisis se des-

cubre el juego de relaciones establecido entre las formas perceptibles, determinantes del valor simbólico del todo.

El propósito de los lingüistas, dice Gómez Macker, es encontrar en la totalidad de las lenguas "niveles estructurales (subsistemas) equivalentes o semejantes". Respecto de esto, considera que "la fonología extendiendo su campo de acción, va más allá del estudio de la palabra (unidad, más bien, del plano gráfico)", y se consagra al análisis de los enunciados de la comunicación oral. La fonología pretende con esto llegar al análisis de "rasgos suprasegmentales", colocándose así al servicio de las ciencias estilísticas.

Finaliza la obra con un muy somero análisis de las funciones gramaticales, destacando entre los muchos proyectos de clasificación y jerarquización de estas funciones, la teoría de Ambrosio Rabanales ("*Las funciones gramaticales*", en el *Boletín de Filología* de Chile, XVIII, 1966, pp. 235-276), por "el interesante esfuerzo sistematizador que este ensayo representa".

Sorprende que Gómez Macker confiara tan poca atención al análisis de dichas "funciones gramaticales", pues aquí es donde el concepto 'función', tan importante para él, adquiere pleno vigor. Creemos, además, que la exposición de algunos ejemplos de estructuras lingüísticas analizadas de acuerdo con la teoría de Rabanales, habría aclarado el análisis sintáctico moderno, haciendo más comprensible la teoría que tan vagamente esboza. Con todo, no puedo terminar estas líneas sin felicitar al autor por su valiosa obra, realizada con la seriedad y el rigor científico que exige la época actual.

LUIS PARRAGUÉ

Universidad de Chile, Santiago.

V. IVANOV, I. REZVIN, S. K. SHAUMIAN Y OTROS, *Los sistemas de signos: teoría y práctica del estructuralismo soviético*. Madrid, Ed. Comunicación, 1972; 183 pp.

Se reúne aquí una serie de artículos publicados en la última década por varios autores rusos entregados a la investigación semiótica, en torno de la cual intentan formar escuela. El libro constituye más que nada una declaración de principios, donde se concede muy poco lugar a hipótesis o a conceptos en vías de demostración —lo más de esperarse en el ámbito de una ciencia que apenas nace—, y lo que predominan son afirmaciones categóricas.